

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CENTRO
FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS
«ACOGER E IMPULSAR LO QUE QUIERE NACER, NAVIDAD»

La Habana, convento San Juan de Letrán, 20 de diciembre del 2001

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos a las puertas de la Navidad. En el mensaje que, con esta ocasión, los Obispos de Cuba hemos dirigido a los católicos cubanos y a todo nuestro pueblo, nos preguntamos si es posible celebrar con alegría esta Navidad, la primera del milenio, marcada por acontecimientos terribles, tanto en el plano internacional: el ataque a las Torres Gemelas y la guerra subsiguiente, con la cadena de desgracias que un conflicto de esa naturaleza genera, como en nuestra nación, donde sentimos los efectos colaterales del momento trágico que vive el mundo, comenzando por esa especie de terror difuso que embarga a los pueblos. No olvidemos que ese es el objetivo principal del terrorismo: sembrar el miedo.

El miedo paraliza, los hombres temen desplazarse, disminuyen los intercambios comerciales ante la contracción económica en la cual parece adentrarse el mundo entero, siguiendo la recesión de Estados Unidos, que arrastra consigo toda la dinámica económica mundial. Disminuye por tanto el flujo de turistas y eso afecta la economía de nuestro país. Además el ciclón de gran intensidad que azotó la región occidental y central de nuestro territorio produjo grandes pérdidas materiales y afectó gravemente la producción agrícola en zonas de gran productividad.

La respuesta que los Obispos de Cuba hemos dado al interrogante que nos planteábamos nosotros mismos, sobre la alegría navideña, acogiendo en parte el sentir de nuestro pueblo, reafirmaba la convicción de que la Navidad debe ser celebrada este año aun con más disposición e incluso con alegría. Decíamos los Obispos en nuestro mensaje que la alegría nuestra se fundaba en la palabra profética que escuchamos precisamente en las lecturas bíblicas de la noche de Navidad: nuestro gozo debe ser grande *«porque nos ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado»*.

En ninguna época de la historia pasada, en ningún pueblo de la tierra, ni en los montañeses de los Alpes, ni en las gentes de las grandes llanuras africanas, ni entre los aborígenes de la América precolombina habría que explicar la alegría que proviene del nacimiento de un niño, porque naturalmente, espontáneamente, para todos los pueblos en todas las latitudes y culturas, el nacimiento de un niño ha producido alegría. Es sintomático que hoy, esta noche, aquí o en cualquier parte del mundo, sea necesario recordar al ser humano que el nacimiento de un hombre produce y debe producir alegría.

Produce inquietud en China el nacimiento de un niño y aún más de una niña, sobre todo cuando ya se tiene un hijo que es la cifra tope declarada por el gobierno para que las familias se conformen en núcleos de solo tres. La gran mayoría desea tener otro hijo y, en ocasiones, lo intenta a escondidas y el nacimiento de un niño produce inquietud en el país más poblado de la tierra. Porque hay responsabilidad penal por el niño recién nacido que supera el número mínimo establecido.

Hoy se le teme en muchos casos a la vida que surge en el seno materno. La mentalidad de los países desarrollados se ha ido habituando a un concepto de la maternidad, según el cual la salud de la madre está en riesgo, el nuevo ser que vendrá al mundo es analizado, observado, previniendo las futuras implicaciones biológicas que pueda traer consigo. El recurso al aborto por situaciones de malformación, aunque sean dudosas, leves o impredecibles, es fácilmente recomendado y aceptado por las madres y las familias. En muchas regiones de la tierra es estadísticamente tan frecuente o más frecuente aún que la vida emergente termine en la muerte que en la aparición de un nuevo ser humano sobre el planeta.

No parece haber obstáculo de conciencia para este modo de proceder en grandes sectores de la humanidad y las legislaciones sobre el aborto se han hecho tan permisivas que solo basta la angustia o la renuencia de la madre a aceptar el nuevo hijo, para que se conceda el beneplácito por parte de quienes tienen las responsabilidades del cuidado de la salud y de la vida y se realice la interrupción del proceso natural de gestación.

Este no es más que uno de los factores que confluyen en una cultura de la muerte que tiene sus expresiones también en la mentalidad popular que reclama, por ejemplo, castigar con la muerte los delitos que parecen graves o que lo son: violaciones, homicidios, etc. Es fácilmente constatable cómo reacciona una parte notable del pueblo, proponiendo como solución a un problema social grave que implique daños para la vida de otra persona por parte de un delincuente, que este sea condenado a muerte. La muerte debe ser el remedio para la muerte.

En muchos países se aboga por la eutanasia, es decir, por la supresión de la vida de aquellos que sufren a causa de una enfermedad y que desean acabar con sus padecimientos. Sorpresivamente hace algo más de un mes, una mujer en Inglaterra obtuvo un fallo negativo de una corte al recurrir a ella para que autorizara a su marido a matarla, por el sufrimiento que padecía a causa de una enfermedad. El remedio para el sufrimiento, para el dolor, es la muerte.

En los entretenimientos, cines, vídeos, series de TV, hay gran cantidad de muertes por crímenes, por accidentes increíbles, por guerras, por actos criminales cometidos por delincuentes, por grandes catástrofes naturales o por situaciones imaginarias que podrían producirse por incursiones desde otro planeta en la tierra, por cataclismos siderales, etc. Con juguetes de matar en sus manos crecen los niños en todos los países del mundo. En una ocasión en que dije que no debían tener los niños juguetes bélicos: pistolas, ametralladoras que vomitan fuego, y otros de ese estilo, un padre de familia me respondió que era necesario que el niño se habituara a que tiene que defender a su país. Con la muerte se defiende el país.

Muerte para proteger la salud de la madre, para librarla de su angustia, muerte para evitar que crezca la población mundial y los nuevos nacidos nos quiten lo que tenemos los que vivimos hoy sobre el planeta, muerte para reprimir al delincuente en la sociedad y proteger así el orden establecido, muerte para eliminar el dolor y el sufrimiento, muerte para entretenernos, muerte para defender la patria. Estamos inmersos en una cultura de muerte, y, sin quererlo, nuestros pensamientos se hacen sombríos y, sin percatarnos de ello, el tejido social pierde vitalidad porque está penetrado del poder nihilista de una muerte considerada como remedio y fin de todos los males.

Tememos a la vida que viene a compartir nuestra historia. Al procurar y proteger egoístamente nuestra vida, hacemos que el balance generacional se altere como sucede ya hoy en Cuba: crece el número de personas adultas, el número de ancianos se hace cada día mayor, y una población joven más reducida tendrá que llevar sobre sus hombros el peso de un número creciente de ancianos. La psicología social se altera cuando no hay un talante juvenil en todo el quehacer comunitario y predomina la edad adulta, el ritmo de la vida se hace aún más pesado, el relevo generacional se logra con mayor lentitud. La emigración añade en Cuba un elemento agravante a esta situación, porque normalmente emigra el sector más joven de la población y son los ancianos o personas de edad adulta los que quedan detrás.

¿Comprenden ustedes cómo resulta difícil, por ser tan contrastante con la mentalidad ambiente, anunciar a nuestro pueblo la alegría que proviene del nacimiento de un niño? Un niño es siempre promesa de vida, es el humano necesariamente abierto hacia el futuro. Quienes lo rodean y acompañan hacen la experiencia de una vida creciente y renuevan su propia juventud. Por eso, el Hijo de Dios vino como niño, creció en el hogar de Nazaret, y se proyectó en plena juventud como aquel que cumplía en su persona todas las promesas que había traído consigo. En otras épocas de la historia resultaba fácil el anuncio de la Navidad con su promesa de vida que nos sonríe en un niño. En esta para nosotros en Cuba debemos comenzar por reafirmar la vida que trae todo hombre que viene a este mundo, su valor, su sacralidad, su promesa de esperanza. Solo si apostamos por la vida

somos capaces de comprender que, cuando la vida se manifiesta en plenitud en Jesús de Nazaret, la humanidad toda alcanza la plena alegría.

Piensen que esa mentalidad envejecida, de muerte, es compartida por muchos en el pueblo cubano, sean creyentes, católicos, no creyentes, marxistas, revolucionarios o indiferentes a la revolución. Es una mentalidad extendida a amplios sectores. Quienes tienen un pensamiento diverso con respecto a la vida, su pujanza, su capacidad de vencer dentro de las actuales coordenadas históricas, superando todos los obstáculos, son una minoría. Dentro de esa minoría tenemos que contarnos los católicos. En verdad, para nosotros, cristianos en el seno de nuestro pueblo, la línea divisoria no pasa entre opciones ideológicas diversas con respecto a la política o a aspiraciones concretas para la sociedad en el futuro; con respecto a una economía colectivista o de libre empresa; sino entre una mentalidad cerrada a la expresión plena de la vida y otra que confía en el triunfo total de la vida. El anuncio del Evangelio en Cuba tiene que hacerse a partir de esa realidad minoritaria, no frente a un mundo políticamente homogéneo contrario o indiferente a la religión, sino de cara a ese mundo mayoritario pero ciertamente diverso en cuanto a opciones religiosas, políticas y sociales, aunque radicalmente homogéneo en cuanto a una concepción del mundo y de la vida que no es evangélica, sino pragmática, materialista.

El problema queda planteado como lo hace el Evangelio de San Juan para todos los pueblos y para todos los tiempos: *la luz brilla en las tinieblas*. En su prólogo, el evangelista presenta al niño que ha nacido en Belén no como lo hacen Lucas y Mateo. El primero describe la escena del pesebre: José y María con el Niño Jesús y el canto de los ángeles en la noche de Navidad. Su relato nos entra por los ojos, por los oídos, por los sentidos todos y experimentamos la cercanía del pequeño recostado en un pesebre y envuelto en pañales. En la escena tan bien descrita nos parece caminar con los pastores, llegar a la gruta y contemplar al niño y participar del gozo de José y de María que solo puede ser compartido en el silencio profundo de aquella noche. Mateo hace venir a unos magos del Oriente siguiendo una estrella y postrándose a ofrecer sus regalos al niño que está con María su madre. Nosotros reproducimos mil veces esta escena narrada por Lucas y Mateo que se hace siempre nueva en cada Navidad, en cada una de nuestras iglesias.

Pero Juan comienza donde parece terminar el camino de los pastores y de los magos, cuando en el silencio de aquella noche, la más larga del año, descubre el misterio que nos envuelve a todos y nos lo expresa maravillosamente en su Evangelio.

Pero antes de dejar que Juan hable en su Evangelio escuchemos lo que nos dice en su primera Carta, después de haber conocido a Jesús de cerca y haber estado como ningún otro discípulo junto a Él. Es su comprensión de Dios que él condensa en una sola frase: «*Dios es amor*». Sí, la palabra que define a Dios es *amor*, Dios se expresa por una palabra eterna: amor. Ahora sí podemos escuchar a Juan narrándonos cómo esa Palabra llegó hasta nosotros:

«En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba en Dios.

En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad».

Sí, el problema está planteado entre el mundo y Dios, el mundo creado por Él y que está en tinieblas y Dios, que tanto amó al mundo que envió su Palabra, su Hijo, hecho carne para habitar

entre nosotros. Como ustedes ven, el dilema es un desafío para todos nosotros, para todos los pueblos y es entre la luz y las tinieblas, no es entre el neoliberalismo y el neosocialismo o entre globalización y antiglobalización, sino entre la Palabra de vida y las tinieblas de muerte, entre el mundo sin Dios y Jesucristo.

La gran pregunta que debemos ponernos es si en medio de las tinieblas está realmente brillando la luz de Cristo, si algo luminoso y nuevo está naciendo al concluir este año 2001, si, en medio de esta cultura de muerte y de un mundo envejecido en edad y en pensamiento aquí entre nosotros, se ve nacer con la Palabra hecha carne algo realmente nuevo.

La respuesta solo puede ser hallada si nos ponemos de rodillas ante el misterio, como Juan, y sabemos ver en Jesús pobre y pequeño la Luz del mundo y nos dejamos iluminar por esa luz.

«Si tu ojo está sano entonces tendrás luz, dijo Jesús, si tu ojo está enfermo, permaneces a oscuras» (Mt 6, 22-23).

Pero si, aun a pesar de mi esfuerzo y a causa de mis defectos y pecados, permanezco en tinieblas, si mis ojos están enfermos, puedo gritar como el ciego de nacimiento a Jesús: «Hijo de David, ten compasión de mí, que yo vea». Y el Señor pondrá las manos sobre mis ojos, sobre tus ojos, y tú vas a proclamar el milagro de tu vida transformada ante el mundo que se interrogará: ¿pero este no es el que antes se sentía cansado y pensaba de un modo diferente? Y tu respuesta no podrá ser otra que la propia verdad de lo acontecido: «yo antes estaba ciego y ahora veo».

Es ahí donde encontramos lo nuevo que nace: en las vidas transformadas por la luz de la fe. Es en el campo raso de la fe donde brillan luces de esperanza. Es al descampado donde cantan los ángeles y se escuchan buenas noticias. Entonces descubrimos que con Cristo algo nuevo comenzó en el mundo, algo nuevo está naciendo siempre.

En este campo espacioso de la fe vino el Papa Juan Pablo II a sembrar esperanza en Cuba. Quienes tienen ojos sanos o han sido curados por Cristo, ven cómo la luz se abre paso en medio de las tinieblas. Lo nuevo no son estructuras nuevas o renovadas en el orden político o social, ni nuevos desarrollos económicos portadores de mayor bienestar, ni siquiera el justo reconocimiento del papel de la Iglesia en el servicio a los necesitados, en la educación de las nuevas generaciones o en la formación en valores. Lo nuevo está en intentar hacer todo esto aun sin reconocimiento y con medios muy humildes. Lo nuevo está en las nuevas actitudes, en el despertar de las conciencias, en la comprensión de muchos del verdadero papel de la Iglesia: llevar al mundo siempre y en toda circunstancia la luz de Cristo. Pero esta luz debe brillar en cada corazón humano para que todo esto sea cierto. Nuevas estructuras pueden suceder a viejas estructuras pero el mundo puede seguir en tinieblas si primero los hombres no se convierten en hijos de la Luz.

¡Cuántas cosas pequeñas y al mismo tiempo grandes conoce el Pastor de una diócesis como La Habana que indican que algo nuevo nace!

Hace poco, un joven me traía una copia de su título con una especialidad en medicina. Me había oído predicar en alguna iglesia que el joven tenía que adueñarse de su propio ser, no dejarse llevar por la corriente, hacer un proyecto personal de vida. En ese momento, él estudiaba con desgano la medicina, pensaba dejar de estudiar, quizá irse de Cuba, pero decidió tomar su vida en sus manos, terminó su carrera, hizo su especialidad, se casó, me dijo entre otras cosas: lo principal es escuchar al paciente, hablar con él, animarlo; vi que se siente contento, bien ubicado en su vocación de servir.

Me parece que este es un hijo de la luz, no tan cercano a nosotros en los afectos y en la proximidad como otros que no han actuado así. Creo que pueden aplicarse a él las palabras de Jesús; «No estás lejos del Reino de Dios».

Me parece también que hay indicios de algo nuevo que nace cuando siete jóvenes del MECU (Movimiento Estudiantil Católico Universitario), estudiantes ellos mismos de la Universidad, repasan cada domingo gratuitamente a más de sesenta estudiantes del Pre que se preparan para el ingreso en la Universidad, desde las dos de la tarde hasta las ocho de la noche.

Hay signos de vida y de esperanza cuando se pide ayuda para tender una mano desde la pobreza a los matanceros afectados por el ciclón y responden las comunidades de La Habana tan generosamente que pudimos entregar a la Diócesis de Matanzas 200.000 pesos y cinco camiones de ropas, zapatos y alimentos para las personas afectadas por el huracán.

Algo nuevo nace cuando 150 jóvenes alcohólicos de Centro Habana y Habana Vieja se reunían el pasado domingo para celebrar los pasos que van dando en el camino de la sobriedad. Algo nuevo nace cuando grupos de madres solteras se hacen artesanas, aprenden un oficio, encuentran un empleo y se les ayuda a cuidar a sus niños que ellas decidieron no abortar, descubriendo, además, el valor de la vida y su propia dignidad.

Brilla la luz en las tinieblas cuando muchos laicos piden seguir estudios filosóficos y teológicos, deseosos de conocer mejor el pensamiento cristiano, cuando el pasado año, como viene ocurriendo cada año en esta Arquidiócesis de La Habana, 1.500 jóvenes y adultos recibieron las aguas del Bautismo, después de más de un año de catecumenado. Hay signos del triunfo de la vida cuando grupos de muchachos y muchachas hacen al Señor promesa de virginidad hasta el matrimonio en un medio donde el sexo es tratado como un juguete, cuando se descubre en las nuevas generaciones un aprecio creciente al valor de la familia.

Quizá dirán ustedes: ¡Qué poco es todo esto en comparación con el pensar y el sentir de la mayoría!

No olviden el grano de mostaza, el puñado de levadura en la masa y que el cristiano es sal de la tierra y luz del mundo, sal en pequeña cantidad que da sabor a cantidades grandes, luz que penetra las tinieblas. El cristianismo no es fenómeno de masas, porque no se dirige primeramente a la masa, sino a cada hombre. Pero llega a transformar la masa como la sal, como la levadura, desde dentro. Solo un grupo de hombres y mujeres transformados pueden obrar la transformación del mundo.

Por eso las acciones y respuestas individuales, de grupo, comunitarias, a las que me he referido son indicadores de que desde hace algún tiempo, pero sobre todo después de la visita del Papa, algo nuevo está naciendo entre nosotros. La Esperanza sembrada por el Santo Padre en los corazones está viva. Y esta Navidad podemos celebrar con alegría a Jesús-Niño, si nuestra esperanza está de veras purificada de cualquier otra espera.

Porque nuestros ojos pueden ser sanos y la luz divina de la fe puede alumbrar nuestros corazones, pero estar a la espera de algo más por parte de Dios, esperar de la Iglesia, del Papa, de los Obispos algo más acorde con la esperanza que yo me he forjado según ciertos criterios, que pueden incluso apoyarse en mi misma fe religiosa.

Para comprender esto vayamos al Evangelio a encontrarnos con otro Juan, Juan el Bautista. Él centró la esperanza del pueblo en un Mesías que vendría a restablecer, con poder y gloria, el Reino de Israel; el Bautista tenía convicciones serias, fundadas en los grandes profetas como Isaías y Jeremías de que cuando viniera el Mesías todo iba a cambiar. Recordemos el texto de Isaías donde se hace hablar por anticipado al Mesías que dice: *«El Espíritu del Señor está sobre mí...Él me ha enviado para dar la libertad a los cautivos, a los oprimidos la liberación»*.

Juan había preparado a la gente para recibir al Mesías con su estilo atronador, diciendo que ya el hacha estaba a la raíz y que el árbol que no sirviera sería talado. Así anunció a Jesús y lo presentó a sus propios discípulos, como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dijo que Jesús era más que él, que él no era sino una voz que clamaba para que se le prepararan caminos a Jesús. Y

ahora Juan está en la cárcel por anunciar su venida. Y el Mesías que venía a rescatar a los cautivos, ¿no lo podía sacar a él de la cárcel? Él esperaba un Mesías que formara un movimiento contundente en torno a sí, capaz de estremecer las estructuras de pecado de su pueblo y de sus jefes y cambiarlas en un nuevo orden. Pero este predicador, su pariente, habla de amor, de misericordia, de mansedumbre; lo cual no está mal, pero a Juan según su mentalidad le parecía que hacía falta quizá otra cosa y duda, vacila y, cuando sus discípulos lo van a ver en la cárcel, los manda a preguntarle a Jesús si es él el Mesías o hay que esperar a otro. A Jesús llegó el recado de Juan y le envió al Bautista otro recado: «*díganle a Juan que los ciegos ven, que los sordos oyen, que los cojos andan y que a los pobres se les anuncia la Buena Noticia*». Jesús respondía con otro texto del mismo Isaías, pero añadió: «*y dichoso quien no se sienta defraudado por mí*». Esta es como una octava bienaventuranza... ¡Qué pequeños indicios: cojos, sordos, ciegos sanados en medio del sufrimiento y la opresión del país ocupado por el imperio romano...! ¡Qué camino tan desconcertante! Pero este modo de proceder no significaba para el Cordero de Dios comodidad o seguridad. Quien habló y vivió así murió cruelmente crucificado.

La esperanza cristiana tiene que integrar el estilo de lo pequeño, del tú a tú, el testimonio callado de la vida, el servicio brindado por amor y el perdón al cual nos inició Jesucristo, so pena de desilusión. La esperanza cristiana, purificada de cualquier espera terrena, se nutre de la fe, se alimenta en el amor y se proyecta hacia su futuro absoluto: *Jesucristo*.

Es así como descubrimos los cristianos, gozosamente, que en esta Navidad, para Cuba, algo nuevo está naciendo.